

Leonard Cohen

SALMOS



El libro de la misericordia

Lectulandia

A principios de los años ochenta, Leonard Cohen se trasladó al sur de Francia y en una caravana aparcada en medio de la Provençe empezó a estudiar el Talmud, la obra del poeta místico hindú Kabir y los salmos del Rey David, escribiendo una serie de textos que yuxtaponían zen y judaísmo en un cuaderno destinado a convertirse en el *Libro de la misericordia*, probablemente la obra más confesional y salmódica escrita en nuestra cultura occidental contemporánea.

«Tenía mi guitarra y estaba estudiando diversos textos religiosos. Pero no realicé el estudio de manera escolástica. En realidad, sólo estaba buscando consuelo. Y lo pedía de corazón, mediante oraciones. A veces uno se encuentra con la espalda contra la pared, sin nada que decir, y el único idioma que puedes utilizar es el lenguaje de la oración. De modo que escribí este libro de salmos con ese espíritu.»

Lectulandia

Leonard Cohen

El libro de la misericordia

ePub r1.0

Titivillus 21.11.16

Título original: *Book of mercy*
Leonard Cohen, 1984
Traducción: Alberto Manzano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi maestro

I

1

Me paré a escuchar, pero no llegó. Empecé de nuevo con una sensación de pérdida. A medida que esta sensación se hacía más profunda le oí de nuevo. Dejé de pararme y dejé de empezar, y me permití ser aplastado por la ignorancia. Esto fue una estrategia, y no funcionó. Mucho tiempo, años fueron malgastados en ese tono menor. Ahora regateo. Le ofrezco botones por su amor. Suplico misericordia. Lentamente él accede. Titubeante avanza hacia su trono. De mala gana los ángeles se conceden uno a otro permiso para cantar. En una transición delicada que no puede ser apreciada, la corte es establecida sobre rayos de simetría dorada, y una vez más soy un cantante en los coros más bajos, nacido hace cincuenta años para levantar mi voz así de alto, y no más alto.

2

Cuando dejé al rey empece a ensayar lo que le diría al mundo: largos ensayos llenos de revisiones, aplausos imaginarios, humillaciones, edictos de venganza. Me hinché mientras conspiraba con mi ambición, luché, me expandí, y cuando se cumplió la fecha, di a luz a un mono. Después de algún pequeño e inevitable malentendido, el mono se volvió contra mí. Cojeando, tropezando, huí hasta los patios barridos del rey. «¿Dónde está tu mono?», el rey me exigió. «Tráeme a tu mono.» El trabajo es lento. El mono es viejo. Hace el payaso tras los barrotes, imitando nuestras manos en el sueño. Finge ignorar mi sentido oficial de la urgencia. ¿Qué rey?, quiere saber. ¿Qué patio? ¿Qué camino?

3

Vi a mi alma cantando detrás de una hoja, arranqué la hoja, pero entonces la oí cantando detrás de un velo. Desgarré el velo, pero entonces la oí cantando detrás de un muro. Derribé el muro, y oí a mi alma cantando contra mí. Levanté el muro, zurcí el velo, pero no pude devolver la hoja a su sitio. La cogí en mi mano y oí a mi alma cantando poderosamente contra mí. Es lo que pasa por estudiar sin un amigo.

4

Después de buscar entre las palabras, y nunca encontrar alivio, acudí a ti, te pedí que alegraras mi corazón. Mi oración se escindió de sí misma, sentí vergüenza de haber sido engañado otra vez, y amargamente, en medio de la estrepitosa derrota, salí para alegrar el corazón. Fue entonces cuando encontré a mi voluntad, una cosa frágil, hambrienta, entre helechos, mujeres y serpientes. Le dije a mi voluntad, «Ven, preparémonos para ser tocados por el ángel de la canción», y de repente me vi otra vez sobre el lecho de la derrota en medio de la noche, suplicando misericordia, buscando entre las palabras. Con los dos escudos de la amargura y la esperanza, me levanté con cuidado, y salí de la casa para rescatar al ángel de la canción del lugar donde se había encadenado a su desnudez. Cubrí su desnudez con mi voluntad y permanecimos en el reino que brilla hacia ti, donde Adán es misteriosamente libre, y entre las palabras busqué palabras que no hicieran que la voluntad se alejara de ti.

«¡Déjame descansar!», gritó de pánico en lo alto de su montón de días. «Déjame descansar en el día de descanso», rogó desde el trono del desempleo. «Este rey pesa en mis brazos, ya no puede sostener al Faraón.» Apretó su collar hasta la oscuridad de manera que no pudiera respirar, y abrió el libro con rabia para hacer su pago a la ley. Un ángel, que no tenía autoridad intrínseca, dijo, «Has cerrado todas las puertas menos ésta; así pues, he aquí una pequeña luz de acuerdo con tu pequeño valor.» Su vergüenza trepó para encontrar una altura desde la que arrojar. Entonces hubo un mensaje más dulce en una voz más suave: «Yo no pongo mi confianza en el hombre, tampoco dependo de un ángel.» Inmediatamente la Torá cantó para él, y tocó su pelo, y por un momento, como regalo para servir a su más antiguo recuerdo, llevó la ingrátida corona, la corona que disipa el peso, la llevó hasta que su corazón pudo decir, «¡Qué preciosa es la herencia!» La corona que salta de las cartas, una corona como el rocío que da a la hierba a beber gotas de la oscuridad, el beso de la madre en el inicio de la guerra, la mano del padre que hace brillar la frente, la corona que no eleva a ningún hombre a rey por encima de su compañía. «Guíame hasta lo más profundo de tu Sabbath, deja que me sienta bajo los poderosos que coronaste para siempre, y déjame estudiar cómo descansan.»

6

Siéntate, maestro, en esta ruda silla de alabanzas, y gobierna mi nervioso corazón con tus grandes decretos de libertad. Del tiempo me sacaste para hacer mi tarea diaria. De la niebla y el polvo me formaste para que conociera los innumerables mundos entre la corona y el reino. En completa derrota vine hasta ti y tú me recibiste con una dulzura que no me he atrevido a recordar. Esta noche vengo de nuevo a ti, ensuciado por las estrategias y atrapado en la soledad de mi diminuto dominio. Establece tu ley en este lugar amurallado. Deja que nueve hombres vengan a alzarme en sus alabanzas para que yo pueda susurrar con ellos: Bendito sea el nombre de la gloria del reino por siempre jamás.

Empuje mi cuerpo de ciudad en ciudad, de tejado en tejado, para ver a una mujer bañándose. Me oí gruñir. Vi mis dedos brillando. Entonces me cercó el exilio. Entonces empezó el castigo; un pequeño dolor sin propósito, no en el corazón, en la garganta, después la extirpación del cuerpo, los pájaros cantando a un tesoro de basuras, entonces la amnesia del mundo, un fantasma bañándose y cagando. Entonces fui juzgado por el rostro de alguien a quien engañé. Entonces el miedo a la justicia. Entonces, por diez mil veces consecutivas, la realidad del pecado. Entonces la Ley brillando, entonces el recuerdo de lo que estaba, demasiado lejos, demasiado limpio para ser cogido. Entonces anhelé anhelarte otra vez, para conocer el dolor de la separación. ¿Hasta cuándo estaré deshabitado por un alma? ¿Hasta cuándo sufriré el motín de esta negativa? Oh señor de mi respiración, crea a un hombre alrededor de esta nariz, y recoge mi corazón hacia la gravedad de tu nombre. Fórmame de nuevo con una declaración y abre mi boca con tu alabanza. No hay más vida que afirmándote, ningún mundo que caminar más que el que tú creas. Perdóname con estas horas y esta medianoche. Da a este pensamiento un maestro, y a este fantasma una piedra. Y no permitas que los demonios se jacten de tu misericordia.

8

A los ojos de los hombres cae, y a sus propios ojos también. Cae desde su alto lugar, tropieza con su proeza. Cae hacia ti, cae para conocerte. Es triste, dicen. Mira su desgracia, dicen los que le pisan los talones. Pero él cae radiantemente hacia la luz por la que cae. Ellos no pueden ver a quien le alza mientras cae, o cómo cambia su caída, ni a él mismo perplejo hasta que su corazón grita para bendecir a quien le recoge en su caída. Y en su caída oye a su corazón gritar, su corazón le explica por qué está cayendo, por qué tenía que caer, y él se entrega a la caída. Bendito seas, sostén de la caída. Cae al cielo, cae a la luz, nadie puede dañarle mientras cae. Bendito seas, escudo de la caída. Envuelto en su caída, oculto en el interior de su caída, encuentra el lugar, donde es recogido. Mientras su pelo ondea y sus ropas se desgarran al viento, es sostenido, alentado, entra en el lugar de su caída. Bendito seas, abrazo de la caída, fundamento de luz, señor del accidente humano.

9

Bendito seas tú que has dado a cada hombre un escudo de soledad para que no pueda olvidarte. Tú eres la verdad de la soledad, y sólo tu nombre se dirige a ella. Fortalece mi soledad para que pueda ser curado en tu nombre, que está más allá de todos los consuelos que sean pronunciados en esta tierra. Sólo en tu nombre puedo permanecer en el vértigo del tiempo, sólo cuando esta soledad es tuya puedo elevar mis pecados hacia tu misericordia.

10

Tú has endulzado tu palabra en mis labios. Mi hijo también ha oído la canción que no le pertenece. Desde Abraham hasta Agustín, las naciones no te han conocido, aunque cada grito, cada maldición se haya alzado sobre el fundamento de tu santidad. Me pusiste en este misterio y me dejaste cantar, aunque sólo desde este curioso rincón. Me ataste a mis huellas dactilares, como atas a todos los hombres, excepto aquellos que no necesitan ataduras. Me trajiste a este campo donde puedo bailar con una rodilla rota. Me guiaste a salvo hasta esta noche, me diste una corona de oscuridad y luz, y lágrimas para recibir a mi enemigo. ¿Quién puede hablar de tu gloria, quién puede numerar tus formas, quién se atreve a explicar la vida interior de Dios? Y ahora alimentas a mi familia, los reúnes para dormir, para soñar, para soñar libremente, los rodeas con la cerca de todo lo que he visto. Duerme, hijo mío, hijita mía, duerme —esta noche, esta misericordia no tiene límites.

11

Volvió de su oración hasta la gata en su regazo. Dio de comer a la gata, la dejó salir bajo el claro de luna, y se escondió en las páginas de Abraham. Como alguien recién circuncidado, se escondió lejos, esperó confiando en la curación. Rostros de mujeres aparecieron, y se explicaron ante él, relacionando rasgo con carácter, belleza con bondad. Varias familias fueron a visitarle y le mostraron todas las sillas en las que podía sentarse. «¿Cómo puedo decir esto sin herirles?», dijo. «Aunque ame vuestra compañía, vuestras enseñanzas son inútiles aquí. Mi elección siempre será por la mujer que me lleve a la tumba, siempre me sentaré con la familia de la soledad.» Diciendo muchas palabras de ánimo sus visitantes partieron, y él se adentró en su escondite. Pidió que su corazón fuese enfocado hacia la fuente de la misericordia, y levantó una esquina, y avanzó un milímetro bajo la sombra del tabernáculo de la paz. Su gata regresó del claro de luna, saltó suavemente a su sitio en su regazo, y esperó a que él regresara de su oración.

Descorro la cortina. Te burlas de nosotros con la belleza de tu mundo. Mi corazón odia a los árboles, al viento que mueve las ramas, la maquinaria de diamante muerta del cielo. Recorro el pasillo entre mis dientes y mi vejiga, furioso, homicida, consolado por el olor de mi sudor. Me debilité en tu nombre. A mis propios ojos me deshonré por confiar en ti, contra toda evidencia, contra los imperantes vientos del horror, por encima de la risa del matón, la lealtad del verdugo, las dulces preguntas del astuto. Encuéntrame aquí, tú a quien David encontró en el infierno. Los esqueletos esperan tu famosa salvación mecánica. Cruza a nado la sangre, padre de la misericordia. Esparce tu luz a través de la manzana del dolor, ser radiante, sin principio, fuente de luz. Te espero, rey de los muertos, aquí en este jardín donde me pusiste, junto a la hierba venenosa, granjas miasmáticas, negro galimatías hebreo de parras podadas. Te espero en la primavera de latidos y grosera muerte innecesaria. Guíame lejos de aquí, Oh imán de los pétalos del cerezo cayendo. Haz una tregua entre mi aversión y el impecable paisaje de campos y ciudades lechosas. Aplasta mi hinchada insignificancia, infíltrate en mi vergüenza. Destrozado en el desempleo de mi alma, he introducido una cuña en tu mundo, he caído a sus dos lados. Hazme retroceder hasta tu misericordia con las medidas de una amarga canción, y no me separes de mis lágrimas.

Amigo, cuando hablas con tanto cuidado sé que lo haces porque no sabes qué decir. Escucho de manera que no aumente tu confusión. Respondo en el momento oportuno para no agravar tu soledad. Así la conversación sigue bajo una sombrilla de optimismo. Si sugieres un presentimiento, yo lo afirmo. Si me provocas, acepto el desafío. La superficie es espesa, pero tiene sus grietas, y con suerte tropezaremos en una de ellas. Ahora, podemos pedir un sandwich de carne por lo de las proteínas, o podemos ocupar nuestros lugares en el Sanedrín y decidir lo que hacer con esos grandes cubos de diamante que nuestro maestro Moisés bajó a la espalda desde la montaña. Tú quieres colocarlos de manera que el sol de día, y la luna y las estrellas de noche, brillen a través de ellos. Yo sugiero otra perspectiva que incluya la luz de los cuerpos celestiales dentro del supremo resplandor de los cubos. Nos inclinamos el uno hacia el otro sobre la mesa. El polvo se mezcla con la niebla, nuestras narices se ensanchan. Estamos indudablemente interesados; ahora podemos abarcar la empresa de un judío.

Bendito seas tú, que entre los innumerables barridos en el terror permitió a unos pocos sufrir cuidadosamente. Que puso una cortina sobre una casa para que unos pocos pudieran bajar los ojos. Bendito sea Ismael, que nos enseñó cómo cubrirnos. Bendito seas tú que vestiste al espíritu tiritante con una piel. Que hizo una cerca de estrellas cambiantes alrededor de tu sabiduría. Bendito sea el maestro de mi corazón, en su trono de paciencia. Bendito seas tú que cercaste el deseo con el filo de una hoja, y el jardín con ardientes espadas, y el cielo y la tierra con una palabra. Que, en el terrible infierno, cobijaste la comprensión, y la mantienes inmóvil, hermosa y profundamente oculta. Bendito seas tú que endulzas el anhelo entre nosotros. Bendito seas tú que atas el brazo al corazón, y la voluntad a la voluntad. Que has escrito un nombre en una puerta, para que ella pueda encontrarla, y entrar en mi habitación. Que defiendes al corazón con extranjería. Bendito seas tú que sellaste una casa con llanto. Bendito sea Ismael^[1] por siempre, que cubrió su rostro con el desierto, y llegó a ti en la oscuridad. Bendito sea el pacto de amor entre lo que está oculto y lo que está revelado. Yo era como alguien que nunca fue acariciado, cuando tú me tocaste desde un lugar en tu nombre, y vestiste la herida de la ignorancia con misericordia. Bendito sea el pacto de amor, el pacto de misericordia, inútil luz tras el terror, canción inmortal en la casa de la noche.

Así es como nos llamamos unos a otros, pero no es así como invocamos el Nombre. Estamos en harapos, mendigamos lágrimas para disolver los inamovibles mojones del odio. Qué hermosa nuestra herencia, tener esta manera de hablar a la eternidad, qué generosa esta soledad, rodeada, llena, y dominada por el Nombre, del que todas las cosas se alzan en esplendor, dependiendo una de la otra.

Vuelve, espíritu, a este humilde lugar. Baja. No hay ningún sendero en el que te proyectes. Baja; desde aquí puedes mirar el cielo. Desde aquí puedes empezar a trepar. Haz retroceder tu canción de ese lugar entre cielo y tierra donde no puedes seguirla. Cierra estas torres oscilantes que has construido para tu vértigo. No sabes cómo atar tu corazón a la alondra, o tus ojos a las endurecidas colinas azules. Vuelve a la tristeza en la que escondiste tu verdad. Arrodíllate aquí, busca aquí, con las dos manos, las cunas de tu diminuto dolor. Escucha al que no fue herido, el que dice, «No es bueno que el hombre esté solo.» Haz que tu anhelo regrese a la soledad donde nació, para que cuando ella aparezca, esté ante ti, no contra ti. Purifica tu anhelo aquí, en la pequeña música de plata de sus preparativos, bajo el humilde cobijo del arrepentimiento.

¿Hemos venido para nada? Creíamos que nos habían llamado, a nosotros, los ya ancianos jefes del servicio, los cantantes menores, los sacerdotes de segundo orden. Pero no pudimos escapar a estas auto-descripciones, ni perdernos en el atlas de las idas y venidas. Nuestra oración es como un chismorreo, nuestro trabajo como hierba ardiendo. El maestro ha sido derribado, el observador de pájaros hace un ruido, y el loco se aventura a nacer en la pregunta de quién es. Deja que la luz alcance el hilo del que cuelga el hombre. Cúrale en el viento, envuelve con viento sus costillas rotas, tú que sabes dónde estaba Egipto, y por quien él repite estos dolores, Nuestra Señora de la Torá, que no escribe la historia, pero cuyos amables labios son la ley de toda actividad. Qué manera tan extraña de preparar su alma. El hereje yace junto al experto en la forma, la criatura del deseo se sienta sobre un anillo de plata, el falsificador suplica perdón al mejor falsificador, el Ángel de la Oscuridad explica la diferencia entre un palacio y una cueva — Oh puente de seda, Oh simple hebra de baba brillante, un pelo de posibilidad, y nada funciona, nada funciona excepto. Tú.

Me conocen en este café. Cuando vengo de las viñas me ponen un trago delante. En señal de respeto me quito las gafas de sol cuando hablo con la propietaria. Aquí puedo reflexionar sobre los romanos, su triunfo, y la diminuta espina en su costado que nosotros representamos. Los dueños también son exiliados, gente dispersa, igual que sus clientes, y todos parecen llevar trajes oscuros y brillantes dientes de oro tras sus boquillas de cigarro. Nuestros hijos van a las escuelas romanas. Tomamos café, y un fuerte brandy de frutas, y esperamos que los nietos vuelvan con nosotros. Nuestra esperanza está en la descendencia lejana. Ocasionalmente los jugadores de cartas en el rincón levantan pequeños vasos en un brindis, y yo levanto el mío, uniéndome a ellos en su incomprensible afirmación. Las cartas vuelan entre sus dedos y la tabla de mica de la mesa, viejas cartas, tan familiares que apenas tienen que girarlas para ver quién ha ganado la mano. Levantad esos ánimos, vosotros que nacisteis en el cautiverio de un apuro permanente; y temblad, vosotros, reyes de la certeza: vuestro hierro se ha vuelto como el cristal, y la palabra ha sido pronunciada que lo hará añicos.

19

Tú me dejaste cantar, tú me levantaste, diste a mi alma un rayo sobre el que viajar. Recogiste tu distancia hasta mi corazón. Hiciste retroceder las lágrimas hasta mis ojos. Me escondiste en la montaña de tu palabra. Diste a la herida una lengua para curarse. Cubriste mi cabeza con el cuidado de mi maestro, vendaste mi brazo con la fuerza de mi abuelo. Oh amado discurso, Oh consuelo susurrante en el terror, indecible explicación del humo y la crueldad, deshaz la auto-conspiración, déjame desafiar la osadía de la alegría.

Como un niño nonato deslizándose para nacer, como una mujer contando la respiración en los espasmos del parto, te anhelo. Como un pez arrastrado hasta el pececillo, el pescador hasta el punto del hilo en el agua, estoy atado a una estricta exigencia, Oh rey de la unidad absoluta. ¿Qué debo hacer para endulzar esta expectación, para recobrar la esperanza del desprecio de mi enemigo? El niño ha nacido en tu mundo, el pez es alimentado y el pescador también. Bathsheba yace con David, monos caen de la Torre de Babel, pero en mi corazón un mono ve a la belleza bañándose. A cada lado del Infierno está mi codicia afirmada. Oh escudo de Abraham, afirma mi esperanza.

Mi maestro me dio lo que no necesito, me dijo lo que no necesito saber. A alto precio me vendió agua junto al río. En medio de un sueño me llevó con cuidado a la cama. Me expulsó cuando me arrastraba, me acogió cuando yo estaba en casa. Me remitía a los grillos cuando tenía que cantar, cuando intentaba estar solo me ataba a una congregación. Cerró sus puños y me machacó hacia mi propia forma. Vomitó de asco cuando me hinché sin llenarme. Hundió sus dientes de tigre en todo lo que era mío y yo me negaba a reclamar. Me llevó bajo los pinos a una increíble velocidad hasta aquel reino donde yo ladraba con un perro, me deslizaba con las sombras, y saltaba desde un punto de vista. Me dejó ser estudiante de un amor que nunca seré capaz de dar. Me permitió representar una amistad con mi verdadero amigo. Cuando estuvo seguro de que yo era incapaz de auto-reforma, me arrojó al otro lado de la cerca de la Torá.

Tu astuto charlatán está intentando coger un escalofrío de gracia. Quiere un polvo sin problemas y otro con la amante. Ha escondido su vergüenza bajo el destello de un cansado animal, y pretende estar lleno de salud. Trabaja duro, arrastrando esa burra a lo alto del Monte Moriah^[2]. Y escucha el auténtico grito apagado de su corazón, totalmente documentado y desatendido. Tiene algunas imágenes en su mente, todas redondas y húmedas, muy urgentes, y tiene su cinturón, va a darle lo que ella quiere. Trae un espejo, deja que vea al mono luchando con las negras tiras de filacteria^[3]. ¿Dónde está ella, Señor de la Unidad, dónde está el amable rostro, el socorro de la medianoche, la boda de otoño, la boda sin sangre?

Estando mi hermana y yo peleados, aparqué mi remolque en el límite más lejano de sus campos, en el rincón que corresponde, por ley, a los pobres. Sus cientos de cerezos estaban en flor, y sobre el camino que bordean hasta la gran casa de piedra, una filigrana de pétalos. Era sábado. Me recosté en una pequeña colina, un vástago de trigo entre mis dientes, miré el cielo azul, un pájaro, tres hilos de nube luminosa, y mi corazón no se alegró. Entré en la hora de la auto-acusación. Un extraño sonido tembló en el aire. Fue causado por el viento del norte sobre las líneas eléctricas, un acorde sostenido de sorprendentes armonías, poder y duración, muy agradable, un canto de aliento y acero, un enorme instrumento de cuerda de palos y campos, complejas tensiones. De repente la sentencia estaba clara. Deja que tu hermana, con sus torres y jardines, alabe la incomparable obra del Señor, pero tú estás comprometido con el aliento del Nombre. Cada uno en su sitio. Los cerezos son suyos, las uvas y las olivas, la casa de gruesas paredes; y para ti, las inimaginables caridades del azar en el Rincón de los Pobres.

En la tenue luz del placer perseguido, me asusta la idea de que no llegue a conocer mi dolor. Te llamo con un grito que se concentra en el corazón. ¿Cuándo gritaré en gratitud? ¿Cuándo cantaré a tu misericordia? El mañana es tuyo, el pasado está en deuda, y la muerte corre hacia mí con la blanca bandera sucia de la entrega. Oh arráncame de una fácil destreza hasta el arte de la santidad. Tengo miedo de lo que le he hecho a mi alma, y el juicio se establece como un ruido repentino. Oh ayúdame a inclinarme ante tu ira. Yazgo junto al cadáver de mi ídolo, bajo el hechizo del fuego y las cenizas, mi palabra para el día de la expiación olvidada. Levántame con un corazón nuevo, con una vieja memoria, en atención a mi padre, en atención a tu nombre que resuena en el cielo y el infierno, a través de mundos destruidos y mundos futuros, tangible música brillando entre lo oculto y lo percibido, confuso en mi oído y claro en el lugar sobre el que estoy, Oh precioso nombre de la verdad reconciliadora. El hombre desdeñoso doblará su rodilla, y las santas almas serán arrastradas hasta su casa. Setos serán clavados en el mundo podrido, los jóvenes vástagos protegidos. El tiempo será medido de madre a niño, de padre a hijo, y el saber hablará al saber. Incluso los malvados están cansados, la bomba cae sobre el hijo del piloto, el motín pide a gritos la calma. La herida ensancha cada corazón, el exilio general se espesa, el mundo entero se convierte en el recuerdo de tu ausencia. ¿Hasta cuándo nos perseguirás con el dolor? ¿Hasta cuándo rabiarán, los fuegos de la purificación? La sangre bebiendo la sangre, la herida tragando la herida, el dolor torturando al dolor, la crueldad repitiéndose bajo la inmensurable noche de tu paciencia. ¿Cuándo empezará el trabajo de la verdad, para verificar tu promesa? Ahora que todos los hombres se escuchan, deja que tu nombre sea establecido en el infierno, y haznos retroceder hasta la seguridad de tu ley, padre de la misericordia, novia de la tierra capturada. Háblale a tu hijo de su curación, en este lugar donde sólo estamos un momento.

Durante muchos años mi hijo y yo vivimos en una cueva, ocultos de los romanos, de los cristianos, y de los judíos apóstatas. Noche y día estudiábamos las letras de una palabra. Cuando uno de nosotros se cansaba, el otro le animaba a seguir. Una mañana él dijo, «Ya tengo bastante», y yo dije «Creo que yo también.» Se casó con una hermosa chica, la hija de uno de nuestros benefactores, la niña que nos traía comida por la noche convertida en aquella a quien él esperaba todo el día, y fueron bendecidos con hijos. Mi esposa volvió a mí una extraña noche, totalmente cambiada, totalmente iluminada, y abrimos un quiosco en Jerusalén, donde vendíamos pequeñas ediciones bilingües del Libro de los Salmos. Mi hija apareció un día y me dijo, «Creo que me has descuidado.» «Perdóname», le dije, y su rostro brilló con el perdón. Se casó con un orfebre, un creador de objetos ceremoniales, tuvo hijos, y ahondó la felicidad de sus padres. Cada cierto tiempo nos reunimos a medianoche frente al Muro, nuestra familia de pequeñas familias. «Después de todo», decimos, «los romanos no comen carne arrancada a un animal vivo, y los cristianos son una rama del árbol, y los judíos apóstatas aún son abrazados por la Palabra.» Hablamos de esta manera, cantamos los cantos sacramentales, y componemos otros, como nos fue ordenado:

Jerusalén de la sangre
Jerusalén de la amnesia
Jerusalén de la idolatría
Jerusalén de Washington
Jerusalén de Moscú
Deja que las naciones se alegren
Jerusalén ha sido destruida.

Siéntate en una silla y no te muevas. Deja que los hombros de un bailarín emerjan de tus hombros, el pecho de un bailarín de tu pecho, los lomos de un bailarín de tus lomos, las caderas y los muslos de un bailarín de los tuyos; y de tu silencio la garganta que crea un sonido, y de tu confusión una clara canción a cuyo ritmo el bailarín se mueve, y déjale que sirva a Dios en la belleza. Cuando desfallezca, arrójale de nuevo de tu silla. Con este ejercicio, incluso un hombre amargo puede alabar la Creación, incluso un hombre pesado puede desmayarse, y un hombre de gran responsabilidad ablandar su corazón.

II

Israel y tú que te llamas Israel, la Iglesia que se llama Israel, y la rebelión que se llama Israel, y cada nación elegida para ser una nación — ninguna de estas tierras son vuestras, todas sois ladronas de la santidad, todas estáis en guerra con la Misericordia. ¿Quién lo dirá? ¿Dirá América, Nosotros la robamos, o Francia renunciará a sus pretensiones? ¿Confesará Rusia, o dirá Polonia, Hemos pecado? Todas hinchadas con sus pizcas de destino, todas contoneándose en la inmunidad de la superstición. Ismael, que fue salvado en el yermo, y le fue dada una sombra en el desierto, y un mortal tesoro debajo tuyo: ¿te hizo sabio la Misericordia? ¿Declarará Ismael, Estamos en deuda eterna? Por ello las tierras no os pertenecen, no existen tales fronteras, la Ley nunca servirá a los ilegales. A cada pueblo le es entregada la tierra bajo condición. Comprendida o no, hay una Alianza, más allá de la constitución, más allá de la garantía soberana, más allá de los más dulces sueños de la nación. La Alianza está rota, la condición no ha sido cumplida, ¿no os habéis dado cuenta de que se han llevado el mundo? No tenéis sitio, vagaréis a través de vosotros de generación en generación sin un hilo. Por ello tú gobiernas el caos, enarbolas las banderas sin ninguna autoridad, y el corazón que todavía está vivo te odia, y el resto de la Misericordia se avergüenza de mirarte. Te descompones tras tu endeble armadura, tu hedor te alarma, tu pánico golpea al amor. La tierra no es tuya, la tierra ha sido devuelta, tus santuarios caen por el aire vacío, tus tablas son rápidamente revisadas, y te inclinas en el infierno junto a tus verdugos alquilados, y aún cuentas tus batallones y giras la manivela de tus canciones de marcha. Tu honrado enemigo escucha. Oye tus himnos llenos de sangre y vanidad, y a tus hijos cantando para sí mismos. Él ha volcado el vehículo de la nación, ha esparcido su preciosa carga, y ha desdicho a cada nación. Porque estás hinchada de tu pequeño tiempo. Porque no luchas con tu ángel. Porque te atreves a vivir sin Dios. Porque tu cobardía te ha llevado a creer que el vencedor no cojea.

Tú que derramas misericordia en el infierno, única autoridad en los más altos y más bajos mundos, deja que tu ira disperse la niebla en este lugar sin sentido, donde incluso mis pecados caen a corta distancia del blanco. Déjame estar contigo otra vez, compañero absoluto, déjame estudiar tus caminos que están más allá de la esperanza del mal. Secuestra a mi corazón lejos de su fantasía, dirige a mi corazón desde la ficción del secreto, tú que conoces los secretos de cada corazón, cuya misericordia ha de ser el secreto del anhelo. Deja que cada corazón declare su secreto, deja que cada canción revele tu amor, déjanos traerte los dolores de nuestra libertad. Bendito seas tú, que abres una puerta a cada momento, para entrar en la verdad o entretenernos en el infierno. Déjame estar contigo otra vez, déjame repudiar esto, tú que esperas junto a mí, que has derribado tu mundo para recoger corazones. Bendito sea tu nombre, bendita sea la confesión de tu nombre. Ilumina la oscuridad de mi clamor, déjame gritar a quien juzga al corazón con justicia y misericordia. Despierta de nuevo a mi corazón con el ilimitado aliento que infundes en mí, despierta al secreto en la oscuridad.

Bendice al Señor, oh alma mía, que te hizo cantante en su santa casa por siempre, que te ha dado una lengua como el viento, y un corazón como el mar, que te hizo viajar de generación en generación hasta este impecable momento de dulce perplejidad. Bendice al Señor que ha rodeado el tráfico de interés humano con la majestad de su ley, que ha dado una dirección a la hoja que cae, y un objetivo al verde vástago. Tiembla, alma mía, ante el que crea el bien y el mal, para que un hombre pueda elegir entre los mundos; y tiembla ante el horno de luz en el que eres formada y al que vuelves, hasta el momento en que él suspenda su luz y se repliegue en sí mismo, y ya no habrá mundo, y ya no habrá ningún alma. Bendice al que te juzga con su correa y su misericordia, que cubre con un millón de años de polvo a los que dicen, Yo no he pecado. Recógeme, Oh alma mía, alrededor de tu anhelo, y desde tu lugar eterno informa de mi falta de hogar, para que pueda darte a luz y casarte, y hacer del día un trono para tu actividad, y de la noche una torre para tu vigilancia, y todo mi tiempo tu solo dominio. Canta, alma mía, al que se mueve como la música, que desciende como los peldaños de un rayo, que ensancha el espacio con el pensamiento de su nombre, que regresa como la muerte, profundo e intangible, a su propia ausencia y su propia gloria. Bendice al Señor, Oh alma mía, haz descender la bendición de la autoridad, para que puedas invitarme a descubrirte, y mantenerte preciosa hasta que me consuma, y seamos refrescados, alma y sombra, refrescados y en reposo como un reloj de sol en la noche. Bendice al Señor, Oh alma mía, grita a su misericordia, grita con lágrimas y canción y cada instrumento, extiéndete hacia la gloria indivisible que él estableció simplemente como su escabel, cuando creó para siempre, y lo remató, y firmó los fundamentos de la unidad, y pulió los átomos del amor para que relucieran los rayos y los senderos y las puertas de regreso. Bendice al Señor, Oh alma mía. Bendice su nombre por siempre.

Aquí la destrucción es sutil y allí el cuerpo es desgarrado. Aquí se percibe la ruptura, y allí los muertos inconscientes cargan con sus restos putrefactos. Todos comercian con la inmundicia, llevan su porquería de uno a otro, todos caminan por las calles como si la tierra no reculara de asco, todos estiran sus cuellos para morder el aire, como si ya el aliento no se hubiera retirado. La semilla estalla sin bendición, y la cosecha es recogida como si fuera alimento. La novia y el novio se hunden para mezclarse, y nace la carne como si fuera un niño. Llevan sus manos sucias a doctores secretos, asombrados de su dolor, como si se hubieran lavado las manos, como si hubieran alzado las manos. Escriben y lloran, como si el mal fuera el milagro. Oyen malos informes, como si fueran el juez. Corren hacia lo que no han ensuciado, pero los árboles y las aguas se esconden tras una bendición que ellos son demasiado orgullosos para conocer. Lo que matan ya está muerto, y lo que comen, aunque fuera la baya más silvestre y la chuparan del tallo, se secó mucho antes. Deja que se estiren en la hierba, se estiran sobre una máquina. No hay ningún mundo sin la bendición, y cada plato hasta el que llevan su rostro es una abominación de sangre y sufrimiento y gusanos. Saltan sobre el jorobado con un cuchillo, desgarran el corpiño de la joven chica, porque no hay ninguna cerca en su corazón, ni conocimiento de aquel que varía la apariencia de sus criaturas. El rocío no es rocío que no haya sido solicitado. Levanta un millón de filtros y la lluvia no estará limpia, hasta que el anhelo por ella sea purificado en profunda confesión. Y todavía oímos, Sólo que esta nación tuviera alma, o, Cambiemos nuestra manera de comerciar, o, Sintámonos orgullosos de nuestra región.

Cuando no siento rabia ni dolor, y tú te vas, entonces es cuando tengo más miedo. Cuando el vientre está lleno, y la mente empieza con sus dichos, entonces temo por mi alma; corro hacia ti como un niño en la noche irrumpe en la habitación de sus padres. No me olvides en mi satisfacción. Cuando el corazón se ríe de sí mismo, el mundo es destruido. Y yo me encuentro solo con las cáscaras y las conchas. Entonces llega el momento peligroso: soy demasiado magnífico para pedir ayuda. Tengo otras esperanzas. Legislo desde la fortaleza de mis decepciones, con una rígida mandíbula. Derribo este terror liso con un dulce recuerdo: cuando yo estaba contigo, cuando mi alma te deleitaba, cuando yo era lo que tú querías. Mi corazón canta tu anhelo por mí, y mis pensamientos descienden para maravillarse de tu misericordia. No tengo miedo mientras recoges mis días. Tu nombre es el dulzor del tiempo, y me llevas abrazado hasta la noche, hablando de consuelos, bajando luces del cielo, diciendo, Mira como la noche no siente terror de uno que recuerda el Nombre.

Clamamos por lo que hemos perdido, y te recordamos otra vez. Nos buscamos uno a otro, no podemos encontrarnos, y te recordamos. Desde la tierra sin propósito nuestros hijos nos acusan, y recordamos, pensamos en un propósito. ¿Podría ser?, nos preguntamos. Y aquí está la muerte. ¿Podría ser tal vez? Y aquí está la vejez. Y nunca supimos; nunca nos levantamos, y la buena tierra nos fue robada, y la dulce familia aplastada. Quizás, decíamos, pudiera ser, y le hicimos sitio entre las posibilidades. Lo haré, decíamos, mientras la vergüenza espesaba las facultades del corazón. Y los primeros informes fueron sobre el fracaso, y los segundos sobre las mutilaciones, y los terceros sobre cada abominación. Te recordamos, te gritamos para que nos devuelvas nuestra alma. ¿Depende de nosotros? Sí, depende de nosotros. ¿Nos lo merecemos? Sí, nos lo merecemos. Clamamos por lo que hemos perdido, y te recordamos. Recordamos la palabra de contención, los santos canales del mandamiento, y la bondad esperando por siempre en el Sendero. Y aquí y allá, entre las setenta lenguas y las cien oscuridades — algo, algo brillante, hombres de valor fortaleciéndose para encender las luces del arrepentimiento.

Tú que preguntas a las almas, y tú a quien las almas deben responder, no prives a mi hijo de su alma por mi culpa. Deja que la fuerza de su infancia le lleve a ti, y la alegría de su cuerpo le mantenga recto a tus ojos. Que pueda discernir mi oración por él, y a quién está dirigida, y con qué vergüenza. Recibí las aguas vivas y las encerré en un estanque. Fui enseñado, pero no enseñé. Fui amado, pero no amé. Debilité el nombre que me habló, y perseguí la luz con mi propio entendimiento. Susurra en su oído. Dirígele a un lugar de saber. Ilumina su creencia infantil con poder. Rescátale de aquellos que lo quieren sin alma, que tienen sus canales en los dormitorios de los ricos y los pobres, para atraer a los niños a la muerte. Déjale que me vea regresar. Permítenos dar a luz a nuestras almas juntos para hacer un lugar a tu nombre. Y si llegara demasiado tarde, redime mi anhelo en su corazón, bendícele con un alma que te recuerde, para que pueda descubrirla con cuidadosa labor. Los que desean devorarlo se han hecho poderosos sobre mi pereza. Tienen un número para él, y una cadena. Deja que los vea aplastados en la luz de tu nombre. Deja que vea su reino muerto desde la montaña de tu palabra. Manténlo en pie sobre su alma, bendícele con la verdad de la virilidad.

Aún estás conmigo, aunque me haya trasladado y mi casa no me reconozca. Aunque haya llenado mi corazón de piedras. Y mi amada diga, *Esperaré un rato detrás de esta cortina — no, ya he esperado demasiado*. Aún estás conmigo. Aunque quemara las lágrimas del regreso en la forzada luz de la victoria, tu repulsa aún me consuela, te manifiestas entre los peligros. Diciendo, *Usa este miedo para conocerme, prepara este exilio para mi regreso*. Aunque no haya llorado, tu juicio me reseca. Aunque mis alabanzas a ti estén prohibidas, es el equilibrio de tu misericordia. Y aún estás conmigo. Diciendo, *Descúbrelo, eres tú quien se ha escondido*. Diciendo, *Aclárame en tu turbio corazón*. Diciendo, *Volveré contigo*. Diciendo, *Aquí estoy*. Aunque añada membrana sobre membrana contra tu luz, y amontone ciudades sobre la cáscara de tu repulsa, cuando el sol y la luna brillan en el otro platillo de la balanza, y me haces avanzar lentamente por la soledad, y creas el mundo ante mis ojos, y el que se esconde en la auto-deshonra no puede decir Amén, Oh modera tu ira, estás conmigo, aún estás conmigo.

Te convertí en piedra. Saliste caminando de la piedra. Te convertí en deseo. Me viste masturbándome. Te convertí en una tradición. La tradición devoró a sus hijos. Te convertí en soledad, y se corrompió en un vehículo del poder. Te convertí en un silencio que se convirtió en un rugido de acusación. Si fuera tu voluntad, acepta la verdad anhelante bajo esta salvaje actividad. Ábreme, Oh corazón de la verdad, excava la piedra, deja que tu Novia llene esta soledad. No tengo otra esperanza, ninguna otra jugada. Ésta es mi ofrenda de incienso. Esto es lo que deseo quemar, mi oscuridad sin ninguna mancha, mi ignorancia sin ningún defecto. Atame a tu voluntad, átame con estos hilos de dolor, y recógeme de esta tarde en que he desgarrado mi alma sobre veinte altares monstruosos, ofreciendo todas las cosas menos a mí mismo.

Aunque no crea, acudo a ti ahora, y alzo mi duda hasta tu misericordia. Bajo el desprecio de mi propio orgullo abro mi boca para pedirte otra vez: Da fin a estas rigurosas preparaciones. Me hice una corona con tus bendiciones, y tú me encerraste en la auto-burla. Dijiste, «Estudia el mundo que está sin mí, ese salvaje grado de soledad.» Oculté el sendero del deseo y derribé el puente de las lágrimas, y preparé el desierto por el que camina el Acusador. El Acusador no tiene ninguna canción, no tiene lágrimas. Háblame otra vez. Habla a mis palabras. Da a este espíritu la forma de las lágrimas, para que pueda ir de la nada al dolor, a la Creación, incluso al invierno, incluso a la pérdida, para que tenga su peso, para que pueda ser reconocido. Descúbrele en las lágrimas y haz un lugar a su anhelo. Contéplale en tu corte, como uno que sostiene el trono de las alabanzas. ¿Dónde he estado? Entregué el mundo al Acusador. ¿Adónde voy? Voy a pedir perdón al Altísimo.

Me rodea completamente la oscuridad. Tú eres mi único escudo. Tu nombre es mi única luz. Qué amor tengo, tu ley es la fuente, este amor muerto que recuerda sólo su nombre, aunque el nombre sea suficiente para abrirse como una boca, para pedir al cielo el rocío, y beber. Oh nombre muerto que a través de tu misericordia habla al nombre vivo, la misericordia escuchando a la voluntad que está inclinada hacia ella, la voluntad cuya fuerza es su promesa a ti — Oh nombre del amor, desciende la bendición del fin sobre el hombre a quien cortaste en dos para conocerte.

Como mis padres escribían, como mis madres hablaban, para ser tan bendito como para conocer tu nombre. No lejos de aquí, donde Rashi enseñaba, para levantar mi voz en abierto pensamiento. Junto a la iglesia donde fuimos golpeados para demostrar algo en Nochebuena, para estar aquí con el corazón roto y la alegre palabra. Para tener este trabajo, para llenar esta línea, para ser tan bendito en atención a mi madre, por el vino de mi padre.

De ti solo a ti solo, de eterno a eterno, todo lo que no eres tú es soledad repitiendo los argumentos de la pérdida. Todo lo que no eres tú es el hombre derrumbándose contra su propia frente, y la frente le aplasta. Todo lo que no eres tú se apaga y se apaga, recogiendo las voces de la venganza, cosechando triunfos perdidos lejos de la verdadera y necesaria derrota. Es a ti a quien hablo, de soledad a unidad, de fracaso a misericordia, y de pérdida a la luz. Es a ti a quien doy la bienvenida aquí, que llegas a través de la tosca gloria de mi imaginación, a esta misma noche, a este mismo lecho, a esta misma oscuridad. Concédeme un sueño indulgente, y deja descansar a mi enemigo.

No me dejes fingir que estas conmigo, cuando no estás conmigo. Déjame acabar, deja que el títere caiga entre los hilos, hasta que, en tu misericordia, se levante como un hombre. Deja que se atreva a llamarte desde el polvo, cuando sólo hay polvo, y los carretes de su derrota. Dame nueva entrada al juicio, yo que me niego a ser juzgado. Dame entrada a la misericordia, yo que he olvidado la misericordia. Déjame levantar tu reino hasta la belleza de tu nombre. ¿Por qué me das la bienvenida? pregunta el amargo corazón. ¿Por qué me consuelas? pregunta el corazón que no está bastante roto. Deja que yazga entre los hilos hasta que no haya esperanza para su estrategia diaria, hasta que grite, Soy tuyo, soy tu criatura. Entonces la superficie del mundo será restaurada, entonces podrá caminar y edificar una voluntad. Bendito seas tú cuyas bendiciones son discernidas por aquellos que conocen tu nombre. A los malos se les ve enseguida, y los buenos están más allá de la seguridad, y en el pánico el mundo entero reza, No nos pongas a prueba. Bendito seas tú que crea y destruye, que se sienta en juicio sobre innumerables mundos, que juzga el presente con misericordia.

Miro lejos, te olvido y me pierdo. Alzo mis manos a ti. Me arrodillo hacia mi corazón. No tengo otra casa. Mi amor está aquí. Terminó el día en misericordia que malgasté en desesperación. Atame a ti, estoy desertando. Atame, paz de mi corazón, árame a tu amor. Tiernas cosas me devuelves, y deberes que son dulces. Y dices, Estoy en este corazón, yo y mi nombre estamos aquí. En todas partes giran las espadas, en cada pensamiento la matanza, y es crudo por donde vago; pero tú me escondes en el cobijo de tu nombre, y rompes la dureza en lágrimas. La corriente es hacia ti, y el oleaje de sufrientes rupturas hacia ti. Me haces retroceder para cerrar mis ojos, para bendecir tu nombre en la mudez. Bendito seas tú en la pequeñez de tu susurro. Bendito seas tú que habla a los indignos.

Me giro hacia ti. La mesa se pone de puntillas. Todos los objetos saltan a su sitio. El libro cerrado se alza sobre sus mil páginas y mi desvelo se alegra. Me giro hacia ti, mi canción en la casa de la noche, mi escudo contra las riñas. Me giro hacia ti, que unifica el corazón ascendente. Tu nombre es el fundamento de la noche. El Acusador, con sus mil voces, permanece en el lugar donde no eres nombrado. Bendito sea el nombre que sostiene esta casa en la firmeza de la misericordia, y ata esta canción a la roca.

Santo es tu nombre, santa es tu obra, santos son los días que vuelven a ti. Santos son los años que descubres. Santas son las manos que se alzan a ti, y el llanto llorado a ti. Santo es el fuego entre tu voluntad y la nuestra, en el que somos purificados. Santo es lo que no está redimido, cubierto con tu paciencia. Santas son las almas perdidas en la ausencia de tu nombre. Santa, y brillante con una gran luz, es cada cosa viva, establecida en este mundo y cubierta de tiempo, hasta que tu nombre sea alabado por siempre.

Las meditaciones de los grandes están por encima mío, y la entretejadura de las cartas está más allá de mi habilidad. No puedo bajar hasta los vehículos de la santidad, y mis sueños no ascienden. Pero tú has enseñado al corazón a buscarse por medios sencillos, con escoba y trapo, y no abandonas mi corazón al polvo. Acudo a ti buscando misericordia y tú me oyes gritar, y me cobijas en mi porción, y haces de mis actos una advertencia. Bendito seas tú que oyes el grito de la porción de cada hombre. Me arrojas para volverme a atraer, oscureces cada esperanza que no seas tú. Me has enseñado con una voz, me has reprendido con una recompensa barata. Grito desde mi derrota y tú enderezas mi pensamiento. Es tu nombre quien hace del grito una curación, es tu misericordia quien guarda al corazón en el pánico del sí y el no. Deja que el corazón hable a su amigo, tú que descifras el mundo a un niño. Deja que el corazón hable del amor que le humilla por un amor más salvaje, y deja que mi gratitud susurrada me sostenga durante este día. En la desesperación de cualquier otra cosa, tú haces tu sitio, fortaleces tu presencia, y yo pido inclinarme ante el señor de mi vida.

45

Sin saber adónde ir, voy hacia ti. Sin saber hacia dónde girarme, me giro hacia ti. Sin saber cómo hablar, te hablo a ti. Sin saber qué coger, me ato a ti. Habiendo perdido mi camino, hago mi camino hacia ti. Habiendo ensuciado mi corazón, alzo mi corazón a ti. Habiendo malgastado mis días, te traigo el montón a ti. El gran camino cubierto de escombros, viajo sobre un pelo hacia ti. El muro untado de porquería, paso a través del orificio de luz de un alfiler. Bloqueado por cada pensamiento, vuelo sobre el vestigio de un recuerdo. Derrotado por el silencio, aquí hay un lugar donde el silencio es más sutil. Y aquí está la brecha en la derrota. Y aquí está el broche de la voluntad. Y aquí está el cerrojo de la misericordia. Bendito seas tú, en este momento del hombre. Bendito seas tú, cuya presencia ilumina al monstruoso mal. Bendito seas tú, que saca a la luz las cadenas de la oscuridad. Bendito seas tú, que espera en el mundo. Bendito seas tú, cuyo nombre está en el mundo.

46

Ayúdame bajo la lluvia, ayúdame en la oscuridad, ayúdame en mi mesa a la deriva. Inclínate ante la lluvia, y deja que la oscuridad le hable a mi corazón. Bendito seas tú que habla desde la oscuridad que da forma a la desolación. Arrastras de nuevo hacia ti al corazón que se ha derramado en el mundo, estableces los límites del dolor. Tu misericordia has hecho conocer a aquellos que conocen tu nombre, y tu curación es descubierta bajo el grito levantado. Las ruinas señalan tu poder; por tu mano se desmoronan, y todas las cosas se agrietan para que tu trono sea devuelto al corazón. Has escrito tu nombre en el caos. Los ojos que ruedan por la oscuridad, los has llevado rodando de vuelta a la calavera. Deja que cada hombre sea cobijado en la fortaleza de tu nombre, y deja que se vean unos a otros desde las torres de tu ley. Crea el mundo otra vez, y ponnos en pie, como lo hiciste antes, sobre el fundamento de tu luz.

Mi alma encuentra su sitio en el Nombre, y mi alma encuentra su paz en el abrazo del Nombre. Luché con formas y con números, y tallé con espada y cerebro para hacerle sitio, pero no pude encontrar un cobijo para mi alma. Bendito sea el Nombre que es la seguridad del alma, la columna vertebral y el escudo del hombre más interior. Busco las palabras que acompañen a tu misericordia. Tú me alzas de la destrucción, y me conquistas mi alma. La recoges de lo irreal con el poder de tu nombre. Bendito sea el Nombre que unifica el ruego, y cambia la búsqueda en alabanza. Fuera del pánico, fuera del plan inútil, tomo conciencia de tu nombre, y de soledad a soledad todas tus criaturas hablan, y a través del inaccesible propósito todas las cosas caen llenas de gracia. Bendita en el cobijo de mi alma, bendita sea la forma de la misericordia, bendito sea el Nombre.

Despiértame, Señor, del sueño de la desesperación, y deja que describa mi pecado. No caí en la perplejidad a la que tu nombre me invitó. Establecí una corte, y caí dormido bajo una corona, y soñé que podía gobernar a los malvados. Despiértame a la patria de mi corazón donde eres alabado por siempre. Despiértame a la misericordia del aliento que infundes en mí. Aparta tu auto-creado mundo de criaturas, y mora en los días que me quedan. Disuelve el sueño solitario que es el juicio sobre mi ignorancia, y desecha el trabajo de mis manos, las barricadas de la suciedad, que yo dirigí contra los torrentes de la misericordia. Deja que tu sabiduría llene mi soledad, y desde la ruina levanta tu entendimiento. Bendito sea el nombre de la gloria de tu reino por siempre jamás. Lo que no dije, dame el valor para decirlo. Lo que no hice, dame la voluntad para hacerlo. Eres tú, y sólo tú quien purifica el corazón, sólo tú quien instruye a los mortales, quien responde a los temblorosos ante ti con sabiduría. Bendito sea el nombre del que cumple su palabra dada a los que duermen en el polvo, que me ha salvado una y otra vez. Para ti es el día, y la noche consciente, para ti solo la única consagración. Atame, amigo del alma, átame a tu vigilia.

Toda mi vida esta destrozada en ti, y toda mi gloria ensuciada en ti. No dejes que la chispa de mi alma se apague en la constante tristeza. Deja que eleve hasta ti la desesperación, hasta el mundo donde la ruptura es por amor. No dejes que las palabras sean mías, pero conviértelas en la verdad. Con estos labios instruye a mi corazón, y deja que caiga en el mundo lo que está roto en el mundo. Estimúlame en la lucha de la fe. No me dejes donde las chispas se apagan, y los chismes se dicen en la oscuridad, y lo nuevo es llamado a la vista y valorado en la escala del terror. Enfréntame a los rayos del amor, Oh fuente de luz, o enfréntame a la majestad de tu oscuridad, pero no aquí, no me dejes aquí, donde la muerte es olvidada, y lo nuevo sonrío con desdén.

Perdí mi camino, olvide invocar tu nombre. El crudo corazón late contra el mundo, y las lágrimas fueron por mi victoria perdida. Pero tú estás aquí. Siempre has estado aquí. El mundo es todo olvido, y el corazón es una furia de direcciones, pero tu nombre unifica el corazón, y el mundo es alzado a su sitio. Bendito sea el que espera en el corazón del viajero su vuelta.



LEONARD COHEN (Montreal, 1934 - Los Ángeles, 2016) Escritor, compositor y cantante canadiense. Considerado una figura fundamental del folk estadounidense de los sesenta y setenta, sus canciones, que sobresalen particularmente por la fuerza y calidad literaria de sus letras, reforzadas por expresivas melodías, influyeron en la mayoría de cantautores contemporáneos. Su vocación lo llevó en sus inicios a la literatura. Publicó novelas como *El juego favorito* (1963) y *Los hermosos vencidos* (1966), aunque ciertamente su género favorito era la poesía. De 1956 es *Comparemos mitologías*, al que seguirían numerosos volúmenes de poemas: *La caja de especias de la Tierra* (1961), *Parásitos del paraíso* (1962), *Flores para Hitler* (1964), *La energía de los esclavos* (1972), *El libro de la misericordia* (1984).

Si bien la poesía parecía ser su principal centro de interés, hacia 1966 empezó a ser habitual su presencia en los escenarios de los clubes de folk del barrio neoyorquino del Greenwich Village. Inició su carrera musical con la ayuda de Juddy Collins, quien introdujo al por entonces prometedor escritor y poeta en los círculos musicales. La versión que Collins hizo en 1966 de su canción Suzanne (publicada como poema dentro del libro *Parásitos del paraíso*) reforzaría el interés ya existente por la compleja personalidad de Cohen, que casi se vio obligado a debutar discográficamente en enero de 1968. Pero iba a ser John Hammond (famoso cazatalentos del sello CBS) el responsable final del paso de Cohen a la música, tras ver actuar al canadiense en el Festival de Folk de Newport de 1966.

Su primer álbum se tituló sencillamente *Songs of Leonard Cohen* (*Canciones de Leonard Cohen*, 1968). De este disco fue sin duda un acierto su producción mínima,

prácticamente reducida a la presencia de la voz y la guitarra de Leonard, lo que destacó el interés de las letras. En cualquier caso, este primer trabajo colocó de inmediato a Cohen en la primera línea de los cantautores del momento. El contenido intimista de los textos dejaba bien claro desde el primer instante su postura progresista dentro y fuera de los escenarios. Desde entonces el cantautor canadiense, ajeno siempre a planteamientos comerciales y a las grandes campañas promocionales, compaginaría con idéntico interés y rigor la literatura, la composición y grabación de nuevos temas y las actuaciones en directo.

Su segundo álbum, *Songs from a room (Canciones desde una habitación, 1969)*, se mantuvo en la misma línea y elevó al cantautor al rango de líder de toda una generación de músicos interesados por el folk. Su actuación en el Festival de Wight de 1970 y su posterior gira europea ampliaron el número de seguidores fuera de Canadá y de los Estados Unidos y sirvió a Cohen para descubrir la isla griega de Hydra, a la que convertiría en el lugar preferido de sus periódicos retiros.

Ya en los setenta, su producción discográfica comenzó a hacerse más sofisticada por lo que respecta a los arreglos de los temas contenidos en su álbumes, manteniendo, sin embargo, la misma coherencia inicial en las letras de sus canciones. En 1971 publicó *Songs of love and hate (Canciones de amor y de odio)* y en 1973 el álbum en directo titulado *Live Songs*. Ambos anticiparon el éxito popular que alcanzaría *New skin for the old ceremony (Nueva piel para la vieja ceremonia, 1974)*.

Después de la publicación de *Greatest Hits* en 1977, se habló de una retirada definitiva de Leonard Cohen de la música, pero el rumor fue desmentido de inmediato con el lanzamiento de *Death of a Ladies' Man (Muerte de un mujeriego, 1977)*, producido por Phil Spector. La grabación de este nuevo trabajo se desarrolló en un ambiente de constante tensión entre Spector y Cohen, quienes mantuvieron fuertes discrepancias en los arreglos de cada tema, hecho que perjudicó el resultado final. Tal vez por ello, el cantautor canadiense volvería a sus raíces en *Recent songs (Canciones recientes, 1979)*.

La irrupción de nuevas corriente musicales a finales de los setenta, como el Punk y la New Wave, pareció desplazar a Leonard Cohen de los primeros planos de la actualidad. Pero Cohen, ajeno siempre a las modas, se dedicó igualmente a seguir escribiendo canciones y a escribir, protagonizar y dirigir el cortometraje *I am a hotel*, que merecería el Gran Premio del Festival Internacional de Televisión de Montreaux, en Suiza. Meses después, en 1985, publicó *Various positions (Diversas posiciones)*, un álbum que mostraba a un Leonard Cohen muy puesto al día en los arreglos de sus canciones. Ganador ese mismo año de un Award canadiense (compartido con Lewis Furey) por la música de la Ópera-Rock *Night Magic*, en 1988 recuperó las cotas de su antigua popularidad con el álbum *I'm your man (Soy tu hombre)*, superventas a ambos lados del Atlántico.

Sus posteriores trabajos, como *The future* (*El futuro*, 1992), siguieron demostrando un alto nivel de creatividad, en una línea de trabajo que, pese a su evolución estilística, mantiene las constantes y las esencias de sus inicios, las mismas que lo convirtieron en el gran letrista y compositor de los setenta. Sus canciones han sido versionadas por los artistas más importantes de cada momento (Joe Cocker y su versión de *Chelsea Hotel* es el ejemplo más recordado). Finalizada la gira de presentación de su nuevo trabajo, Cohen se retiró a un monasterio zen en San Diego (California), donde permanecería durante seis años. Tras nueve años de silencio creativo, el cantautor volvió en 2001 a la escena musical para presentar el vigésimo tercer álbum de su carrera, que se editó con el escueto título de *Ten new songs* (*Diez canciones nuevas*). *Dear heather* (2004), *Old ideas* (2012), *Popular problems* (2014) y *You want it darker* (2016) fueron los últimos títulos de su discografía.

Cohen fue más popular como cantautor que como poeta, pero, paradójicamente, se le reconoció más esta última faceta que la primera. Como cantante recibió el Crystal Globe en 1988 por haber vendido cinco millones de discos fuera de Estados Unidos. En 1991 entró en la Hall of Fame de músicos en Toronto (Canadá) y recibió el premio Juno al escritor de canciones del año. En 1993 le fue concedido el Juno al mejor cantante masculino del año. Sin embargo, en literatura, la lista de galardones cosechados es casi interminable; mereció dos títulos Honoris causa por las universidades de Dalhousie (1970) y McGill (1992), y en 2011 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Notas

[1] Ismael, primer hijo de Abraham y su doncella Hagar, está considerado tradicionalmente como el padre de la nación árabe. (Nota del autor.) <<

[2] Monte Moriah: Colina sobre la que Abraham debía inmolar a su hijo Isaac; la misma sobre la que Salomón construyó el Templo. (N. del T.) <<

[3] Filacteria: Tira de piel o pergamino con los pasajes de las escrituras, que los judíos llevaban atado al brazo izquierdo o a la frente cuando recitaban sus oraciones. (N. del T.) <<